



El escultor en su estudio, rodeado de algunas de sus obras. (Foto V. Muro.)

JUAN CRISTOBAL

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

CALLE de Londres, 44. En un edificio de ladrillo rojo, con grandes ventanales, tiene Juan Cristóbal su estudio. A un lado está la plaza de toros de Madrid, que en invierno es como una gran ciudad abandonada, húmeda y fría. Dentro se imagina el redondel con la arena que fué rubia, mediterránea, oscurecida bajo hierbas de cementerio. El panorama de las plazas de toros desiertas da una sobrecogedora sensación de eternidad. En invierno, son como mausoleos de lances de capa, de verónicas, de pares de banderillas puestas al quiebro, de tardes de sol como adolescencias lejanísimas, de aplausos apagados.

Le va bien a Juan Cristóbal esta vecindad, como fondo para sus estatuas de Juan Belmonte, de Domingo Ortega, de Antonio Sánchez...

A espaldas de la calle de Londres pasan los coches fúnebres, sin acompañamiento de deudos y amigos, ya veloces, con las coronas colgadas y los negros crespones al viento.

El escultor trabaja a siete metros de altura, haciendo equilibrios prodigiosos de trapeicista en el tramo de una escalera. Esta su última obra, la estatua ecuestre del generalísimo Trujillo, es quizá lo más importante en su vida artística. Para domar el caballo, que con el caballero alcanza los siete metros de altura, tuvo el escultor que dominar veintidós toneladas de ba-

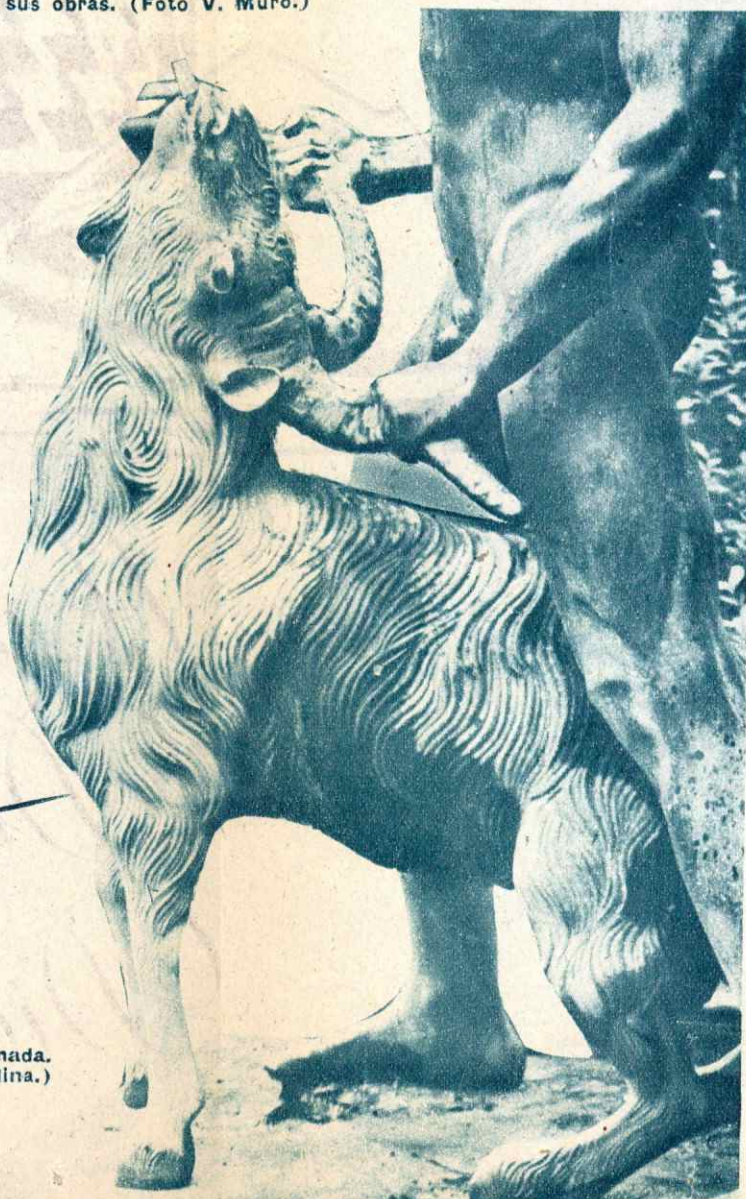
rrro, lo cual ha supuesto tres años de apasionante trabajo.

—Esta estatua ecuestre del generalísimo Trujillo—nos dice Juan Cristóbal—supera a la del Cid en dos metros de tamaño y espero que será una obra infinitamente mejor que la que realicé anteriormente, porque he de decir que la experiencia de haber realizado la estatua ecuestre del Cid no me ha servido para nada, pues he tenido que empezar de nuevo.

Fué necesario mandar construir una nave con bóveda a gran altura en el jardín de su antiguo estudio, ya que no existía un taller en condiciones de alojar una obra de tan excepcionales dimensiones.

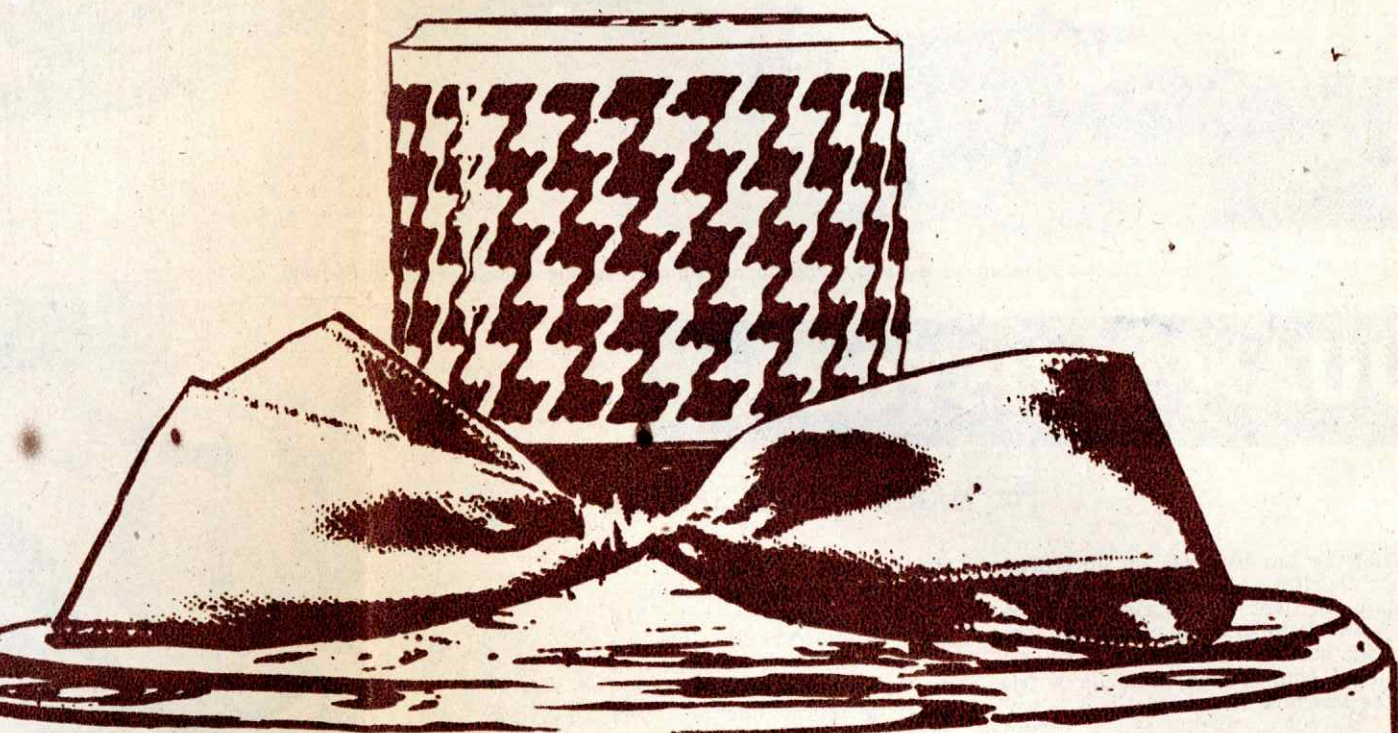
Juan Cristóbal, delgado, afilado, ágil, desciende con gran facilidad del andamio sobre el que trabaja. A gran altura hay un balcón corrido.

En este lugar, junto a una chimenea, el escultor celebra al atardecer tertulia con los



Monumento a Ganivet, en Granada. Año 1922. (Foto Torres Molina.)

Eaux de toilette Christian Dior



Miss Dior
Diorama
Diorissimo

amigos que esporádicamente van a visitarle

LA NIÑEZ EN GRANADA

Nació en Ohanes, en un lugar de España que los geógrafos siguen discutiendo si pertenece a la provincia de Granada o a la de Almería.

Los padres querían que siguiera la carrera militar sin saber que ya estaba comprometido con el arte. Sucedió así: Un día, un chico del barrio le mostró una pequeña estatua que había modelado. Juan Cristóbal le pidió permiso para realizar algunas modificaciones. La concepción de la estatua fue mejorada. Juan Cristóbal advirtió después que en el momento en que había puesto sus dedos sobre las formas del barro se le despertaba en el alma una vocación insospechada, para la cual tenía asombrosa facilidad.

Cuando su madre tuvo noticia de las inquietudes que apuntaban en su hijo, no titubeó en apoyarle, pues era mujer de intuitivo y raro sentido artístico.

—Yo iba al Centro Artístico de Granada. Como no disponía de dinero para pagar la cuota, me ofrecí para limpiar las clases, a fin de que me recompensaran dejándome hacer mis primeros trabajos de dibujo y escultura con un modelo de los que posaban para los alumnos del Centro.

Algunas de las esculturas que realiza en la clase del Centro Artístico concurren a una Exposición local. El escultor francés, Daniel Vaqué, que hacía un viaje de turismo por España, a su paso por Granada visita la Exposición y compra tres de las obras del desconocido granadino llamado Juan Cristóbal.

En Granada, al ver que un francés compraba mis obras, empezaron a fijarse en mí. Don Natalio Rivas, por aquel entonces subsecretario de Instrucción Pública y diputado a Cortes por Granada, tuvo noticia de mi obra y me mandó llamar para conocerme.

En aquel momento comenzaba la protección de don Natalio Rivas, con fe rotunda hacia Juan Cristóbal, haciendo que le pensionaran para estudiar en Madrid.

—En casa de don Natalio Rivas recibí trato familiar, como un hijo más, para toda la vida.

Hablamos de don Natalio Rivas y de su personalidad excepcional. El le llevó a Juan Cristóbal al estudio que en la calle de Abascal tenía don Mariano Benlliure.

—Allí trabajé hasta que me busqué taller propio. Era don Mariano muy afectivo y a mí me distinguía mucho. En su estudio conocí a don Santiago Ramón y Cajal, a don Luis Mazzantini y a muchos personajes de aquel tiempo.

Le decimos que también conocería a muchas personalidades en casa de don Natalio Rivas.

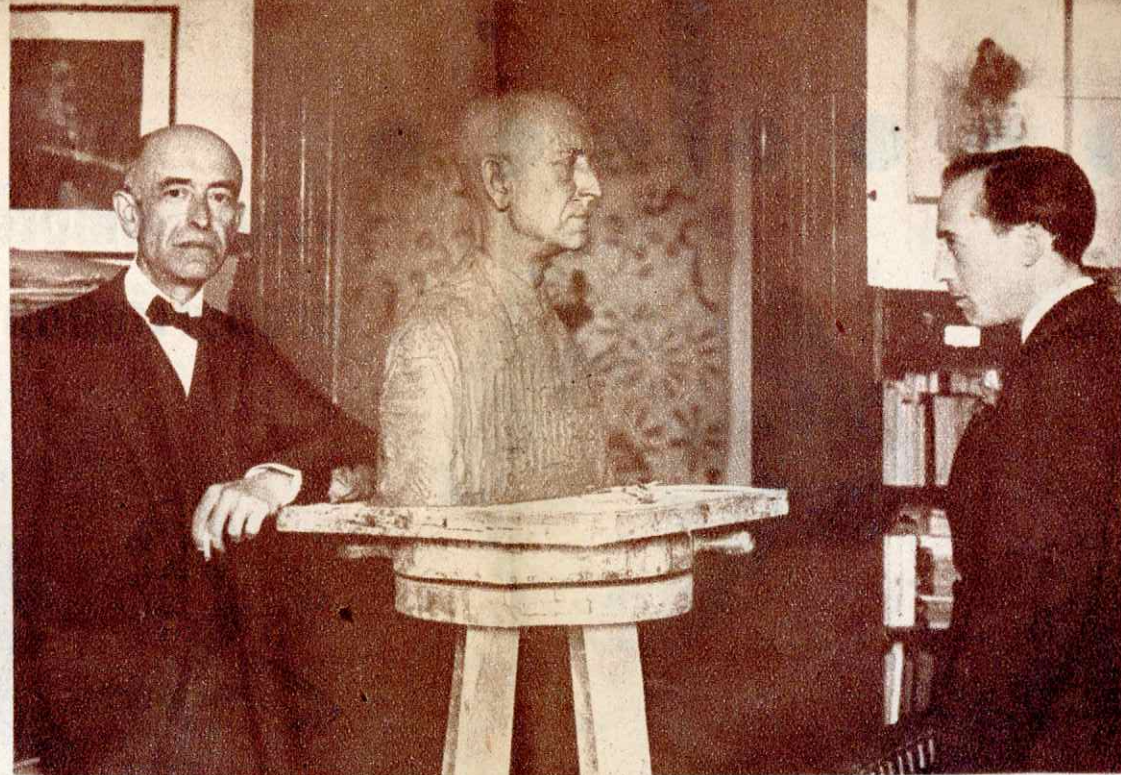
—Pues sí. En casa de don Natalio conocí al Generalísimo Franco, a Millán Astray, a Romanones, a don Melquiades Álvarez, a Joselito y a Belmonte.

Juan Cristóbal cree que a don Mariano Benlliure no se le ha hecho todavía justicia como escultor.

—El defecto que se le ponía como artista era el defecto que tenía toda su época en todas partes del mundo: un decorativismo realista.

Desde que llega a Madrid, Juan Cristóbal vive en un ambiente artístico de excepción. Aunque algunos sectores de la juventud no crean en la importancia de escuchar a los maestros de las anteriores generaciones, esto siempre tiene trascendencia si se sabe elegir.

Los amigos de Juan Cristóbal, desde el primer momento de su llegada a Madrid, fueron, en su mayor parte, insignes: Valle-Inclán, Falla, Pío Baroja, Pérez de Ayala, Zuloaga, Anselmo Miguel Nieto, Anglada Camarasa, Unamuno, Luis Calvo, Secun-



1924. En casa de Falla, Juan Cristóbal modela el busto del insigne compositor. (Foto Torres Molina.)

dino Zuazo, Rafael de Penagos, Paulino Vicente

Al ser elegido Ramón Pérez de Ayala académico de la Española y no queriendo aceptar el banquete que con este motivo le ofrecían sus amigos, por no ser partidario de tales agasajos, el pintor Julio Moisés organizó una excursión a Cadalso de los Vidrios. Allí descubrió Juan Cristóbal las ruinas del Palacio de don Alvaro de Luna, que algún tiempo después iba a comprar para dedicarse, con admirable amor, a su reconstrucción.

Muchos años antes, en 1918, Juan Cristóbal había enviado a la Exposición Nacional de Bellas Artes un torso, realizado con precoz maestría, obteniendo segunda Medalla. Su obra de pensionado fue el monumento a Gaiet con destino a Gra-



"Don Torcuato Luca de Tena", por Juan Cristóbal. (Foto Balmes.)



"La galleguita", primera Medalla en la Exposición Internacional de Barcelona de 1926. (Foto V. Muro.)

nada. En 1921 logra la recompensa de una primera Medalla con su estatua "La Noche". Todo, como puede verse, en un tiempo de "record".

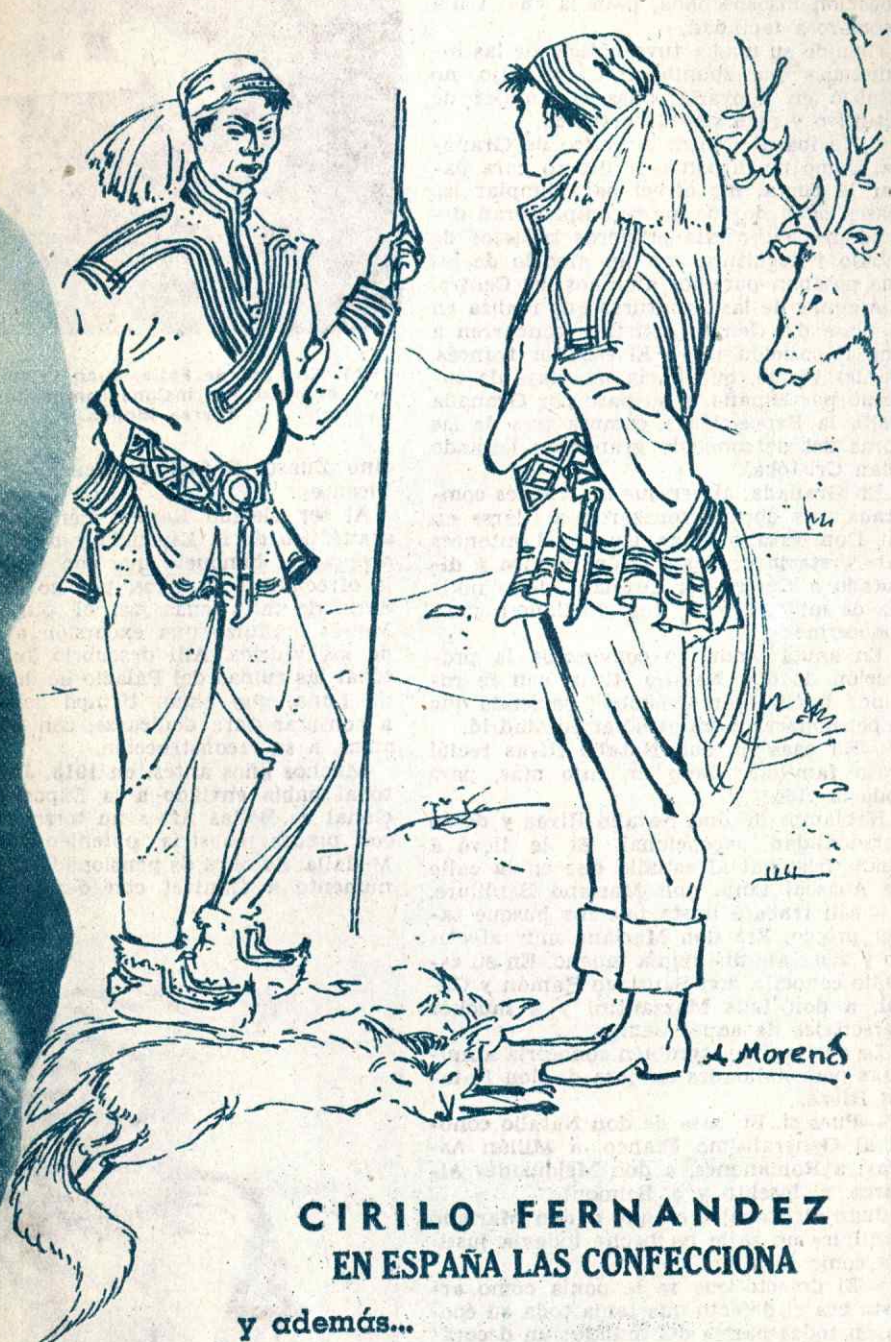
Todavía podríamos enumerar muchos e importantes galardones como la Medalla de la Exposición Internacional de Barcelona por la obra titulada "La maja madrileña", que está en el Museo de la Ciudad Condal.

LOS RETRATOS

Puede decirse sin riesgo de exageración que Juan Cristóbal ha retratado a los hombres más importantes de su época y a las mujeres más bellas. Allí están los bustos de Pérez de Ayala, de Julio Camba, de Zuloaga, del maestro Falla, don Ramón Menéndez Pidal, el doctor Jiménez Díaz, el general Varela...

—Viviendo yo en Madrid, me escribió don

estos hombres en NORUEGA
proporcionan las pieles



CIRILO FERNANDEZ
EN ESPAÑA LAS CONFECCIONA

y además...

ASTRAKANES Y GARRAS

El Pekan y la Dalia

(PRIMERA FIRMA EN PELETERIA)

PRINCIPE, 9
MADRID - 12
• IMPORTADORES
• FABRICANTES
• MAYORISTAS

Publicidad CESAR

BAROJA, RECORDADO POR SU SOBRINO JULIO CARO

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

DE joven había sido un solitario, un insatisfecho del tiempo que le tocaba vivir. La España violenta de su niñez dejó en aquel espíritu hipersensible una profunda quemadura. Esto influyó en su carácter sombrío, destemplado y ácido para el trato social en la juventud.

Había renunciado de antemano a gran parte de las ambiciones humanas por considerarlas en su timidez inalcanzables, y por no apetecer demasiado casi nada. Su vida era sencilla, resguardándose en caparazón de molusco para salir a la periferia de Madrid en los atardeceres con ojos esrutadores de vagabundo.

La vejez fué atenuando su áspero carácter. Era ya cuando le conocimos como un decorativo león de peletería, que contemplaba el panorama de modo intemporal.

En muy poco espacio de tiempo su ánimo era cambiante y emigratorio. Pasaba del dolor o del pesimismo a la orilla opuesta, al recuerdo nostálgico. Entonces contaba historias románticas de amor, de las que era protagonista con una rusa que había conocido en París, o cantaba zorricos, o tarareaba marchas militares antiguas.

Con frecuencia describía el Madrid de finales y comienzos de siglo, contando historias de ajusticiados en los desmontes, crímenes folletinescos como el de la Guindalera y el de la calle de Fuencarral, carnavales que parecían de los tiempos de Goya y tipos bohemios pululando por las tabernas, como Pedro Barrantes, Enrique Cornuty y Pedro Luis de Gálvez, de los cuales refería anécdotas siniestras.

Con los niños sostenía conversaciones interesantísimas, porque los tomaba en serio y los respetaba. Un día llamaron a la puerta de su casa un grupo de chicos que pedían el aguinaldo. Les recibió diciéndoles que les daría unas pesetas a condición que que les daría unas pesetas a condición que cantasen villancicos, y sentándose en la butaca con una manta sobre las rodillas estuvo un largo rato, llevando el compás con la mano.

Por las mañanas íbamos a su casa para auxiliarle en su entretenimiento de escribir, copiándole a máquina los originales, ya confusos y complicados, que nos dictaba, entre los que recordamos una de sus últimas novelas cortas, titulada "Los amores de Antonio y Cristina".

La Nochebuena de 1953 nos sentamos a su mesa para acompañarle, con su médico, el doctor Val y Vera, y dos amigos más. Acababa de morir en la vieja casa de Vera de Bidasoa su hermano Ricardo, el pintor.

Pero siempre el día de su cumpleaños, el día de los Santos Inocentes, fuimos durante algo así como cinco años a felicitarle al atardecer. Le encontrábamos rodeado de admiradores y de señoras que le llevaban bufandas, calcetines de lana, boinas, botellas de Oporto, dulces y bombones y algún libro francés.

Luego fué sumergiéndose como en una duermaveja plácida. Perdió la noción del tiempo y una tarde, a las puertas del invierno, le sacaron de aquella casa y se le llevaron para siempre por las calles desiertas de un Madrid distinto al que él había paseado en sus años de juventud.

Ahora, su sobrino Julio Caro Baroja, el

ilustre etnólogo, ha vuelto de Vera del Bidasoa a la casa de Ruiz de Alarcón, que ya es como un museo.

—He traído de Vera algunos cuadros del tío Ricardo y algunos muebles familiares para intentar cambiar un poco el ambiente de esta casa. Había que hacer esto para seguir viviendo en ella, porque como estaba antes me pesaba mucho el ambiente y me podía el recuerdo del tío Pío en sus últimos años.

Era natural. Por esa misma razón nosotros nos habíamos resistido a volver después de su muerte, porque el reencuentro de algunos rincones, muebles y objetos pondrían en pie el recuerdo de don Pío con su dolorosa vejez, con su pérdida vertiginosa de facultades.

Están con Julio Caro Baroja algunos

miembros de la cotidiana tertulia barojiana, que continúan asistiendo a la misma hora con fidelidad. Le digo a Caro Baroja que algunos de estos contertulios son como tipos de las novelas de don Pío.

—Y como en la obra teatral de Pirandello, venían en busca de su autor.

Le digo que hable de don Pío; pero no como escritor, sino como tío, como familiar.

—Por mucha admiración que sienta por la figura de mi tío Pío como escritor y como hombre público, claro es que resulta aún más importante la figura del familiar, del mentor en la vida privada. Aunque su recuerdo no existiera en la forma que existe, quedaría en mi conciencia como un modelo, un ejemplo insuperable. En mi vida, pequeña y limitadísima de horizonte, es esencial el culto a los antepasados, porque fueron los míos, los que perdí de 1935 a 1956; lo mejor que encontré sobre este mundo. Concretamente, mi tío Pío me enseñó a aceptar los hechos, por malos que sean, con cierta serenidad y estoicismo, y a no perseguir demasiado a la fortuna.

Como fondo de esta conversación sigue oyéndose el acompasado tic-tac del péndulo



Caro Baroja, junto a la estatuita de su tío, modelada por Sebastián Miranda.

risueña

Trin

CINCO AÑOS
DE GARANTIA

MODELOS DE
3 A 45 LITROS

el que don Pío regía su vida pacífica los últimos años.

—¿Qué solía repetirte cuando te ayudaba a estudiar las lecciones del colegio? ¿De qué asignatura sabía él más? ¿Cuál era su favorito?

Julio Caro Baroja está sentado en la butaca de don Pío, en idéntica postura. El aire familiar le hace parecer una réplica humana del novelista cuando tenía los años que ahora tiene él.

—Lo que yo he aprendido de mi tío queda fuera de la órbita de la enseñanza oficial. El y mi abuela me enseñaron a leer, es verdad. Pero después, más que insistir en lo que aprendía en la escuela, gustaba de hablarme de aquello que ni en la escuela, ni en el Instituto, ni en la Universidad se aprende; es decir, de la vida humana en conjunto o, mejor dicho, de las vidas de los hombres, sean éstos buenos o malos, listos o tontos, ricos o pobres. He hablado así de tú a tú con él desde que en mil novecientos dieciocho, a los tres años, le hacía las primeras preguntas que puede hacer un niño (reflejadas en "Juventud, egolatría"), hasta 1956, cuando él murió con la conciencia envuelta en una niebla apacible y serena. La Literatura, la Filosofía (o por lo menos cierta clase de filosofía) y la Historia eran sus temas preferentes de nuestras conversaciones. Si terminé siendo esto que se llama etnólogo, fué por una vocación que él tuvo y que no desarrolló, afortunadamente para sus lectores.

La mesa donde trabajaba don Pío ha sido sustituida por otra en la que también escribió; pero en época anterior, en la casa de la calle de Mendizábal. La lámpara formada por un jarrón de Talavera y una pantalla de cretona tampoco está. Caro Baroja ha traído otra más decorativa que encontró en la casa de Vera.

—¿Cómo le recuerdas en la casa de la calle de Mendizábal?

—El primer recuerdo que me viene a la imaginación al cerrar los ojos es el de un hombre de mediana estatura, pero algo encorvado; de fuerte esqueleto, sólido de carnes, cabeza grande y potente, cara orlada por una pequeña barba en punta, rubia, tirando a rojiza; frente anchísima, nariz carnosa, ojos escrutadores, pero tranquilos, y una sonrisa melancólica. Sus manos eran de trabajador manual, grandes y anchas. Le veo pasear canturreando alguna canción de finales de siglo o unas coplas en vascuence, con la boina echada hacia atrás, dejando ver parte del cráneo magnífico.

Caro Baroja ha puesto, con buen criterio, un mayor cuidado en la decoración de la casa en que murió su tío Pío Baroja. Ahora vemos sobre una consola una reproducción de "La bella desconocida", de Donatello, en medio de dos pies de candelabros de bronce que don Pío utilizaba para sujetar los volúmenes del "Larousse" grande sobre un arca. En nuestra memoria fotográfica vamos confrontando el viejo clisé sobre la decoración reciente.

—¿Había algún día señalado en el año que se celebrase familiarmente y en el que don Pío pusiese mayor ilusión?

—Mis padres vivían en el piso principal de la casa: mi tío Ricardo, con su mujer, en el bajo. El tío Pío, con su madre, mi abuela, en el alto. Tanto él como mi abuela estaban de continuo con nosotros. En el despacho grande de la calle de Mendizábal se ha hecho vida en común. Poco se usaba, sin embargo, para fiestas familiares. Algún año celebramos las Navida-

des; en Vera, la Virgen del Carmen. Pero a mi tío le producían tristeza las fiestas de esta índole, y sobre todo la Nochebuena le traía melancólicos recuerdos de la infancia y de la juventud. En sus últimos años aquí, en la casa de la calle de Alarcón, si hemos vuelto a celebrar su cumpleaños, el día de Inocentes, y la Nochebuena. Por cierto que entonces había que establecer, como sabes, un poco de vigilancia, porque el octogenario atacaba los dulces con una voracidad de niño pequeño.

En el comedor también advertimos algunas innovaciones. Falta el armario pequeño donde se guardaba loza antigua, aquel que don Pío vigilaba siempre, advirtiéndoles a las visitas: "¡Cuidado, no vaya usted a cargarse con el brazo un cristal

ductores, críticos, periodistas que iban a Vera o a Mendizábal, 36: suecos, noruegos, ingleses, alemanes de toda casta y pelaje mezclados con bohemios madrileños... En unas memorias familiares que tengo escritas he recogido estos recuerdos. Pero lo que quedó más grabado en mí por entonces fueron las comidas dominicales en casa de Ortega, en la calle de Serrano, a las que me sumé para jugar luego con los hijos de aquel maestro querido, mientras él y mi tío discutían.

Vamos paseando por la casa, cuyos rincones están para nosotros llenos de viejos recuerdos de tardes junto a don Pío, de días alegres y de días tristes.

—Con relación a tiempos más recientes, sabido es que esta casa de la calle de Alarcón, 12, hoy tan solitaria, mientras vivió mi tío parecía una sala de estación. Tan llena estaba siempre de gentes que entraban, salían y discutían a su arbitrio. Así es que los recuerdos de periodistas, fotógrafos, amigos, enemigos, hombres discretos y hombres impertinentes que han pasado por aquí se agolpan en mi cabeza. Incluso por tres veces he hecho de "agente de la autoridad", expulsando a alguno que se insolentó demasiado, tomando pie en la paciencia de mi tío.

En una percha de un estrecho pasillo que sale a la izquierda del comedor hay colgado alguno de los impermeables de Pío, el segundo sobrino de Baroja, que ahora acaba de regresar de México, donde trabajó en la dirección de cine con éxito. Nos acordamos que en esta misma percha colgaba don Pío sus sombreros y el abrigo nuevo para cuando salía a la calle.

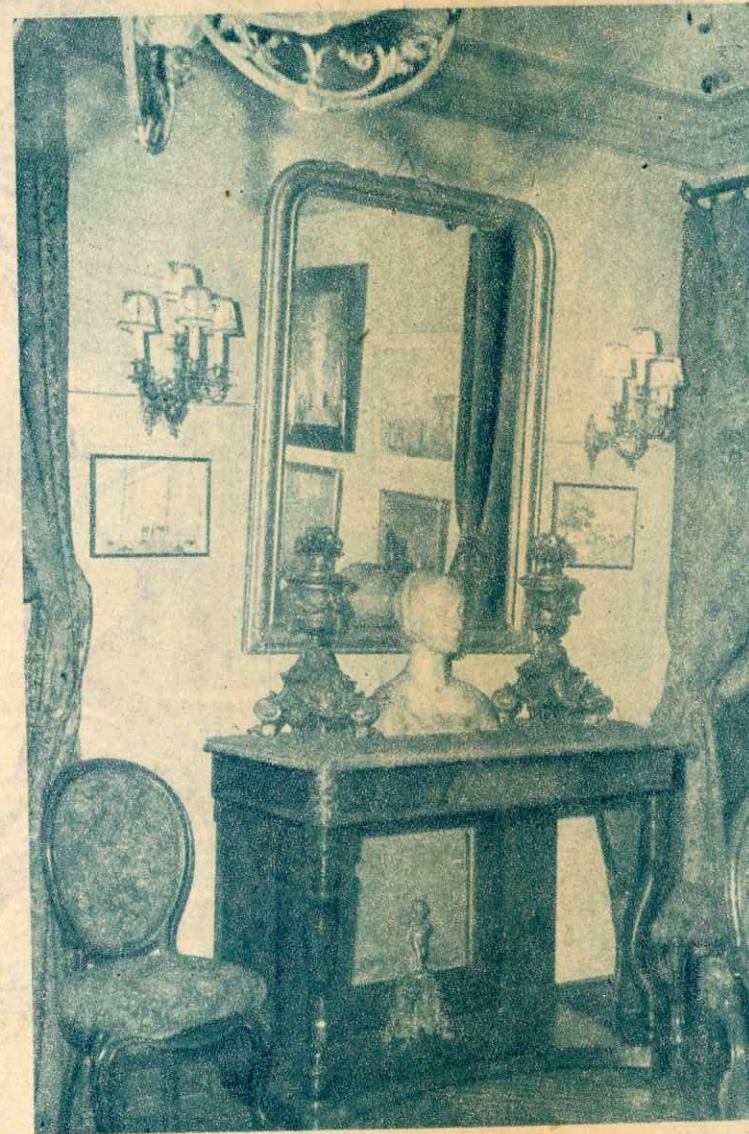
—¿Paseaste con él? ¿Hicisteis viajes juntos?

—En Vera, carretera de Francia arriba, por la tar-

de. En Madrid, por el Parque del Oeste o por la Feria de Libros del Botánico. Andábamos como azacanes y tratábamos con personajes que sería raro poder encontrar hoy en sitios públicos tan modestos como paseos y callejas. Así, en Rosales, un día vi a Galdós; muchos, al general Weyler, montado a caballo con más de ochenta años, etcétera.

Julio Caro camina con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y va mirando al suelo, como pensativo, recordándonos continuamente a Baroja en aguafuertes, retratos y en aquel dibujo que le hizo Picasso.

—Hice varios viajes con el tío Pío. El



Un aspecto del salón.

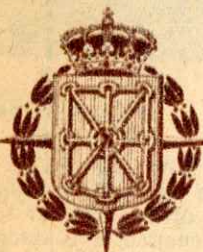
del armario!" Y falta también la butaca del rincón, donde se sentaba después de las comidas. Y el diván donde se tumbaba por las mañanas cuando le aparecía en el costado el dolor del lumbago. Sin embargo, Caro Baroja ha mandado colocar otros muebles de mucho empaque y carácter traídos de la casa del País Vasco.

Mientras contemplamos estos pequeños detalles le preguntamos que si puede hablarnos del primer recuerdo que tiene de su tío relacionado con la literatura.

—Los recuerdos más antiguos que tengo de asuntos profesionales se remontan a 1921, cuando la guerra de África, que ocasionó innumerables polémicas. De después conservo muchas imágenes claras de tra-



*Un vino
para
solemnidades*



Ercaaba

HIJOS DE PABLO ESPARZA, BODEGAS NAVARRAS, S. A. VILLAVA (NAVARRA)

AZOR - Reina, 25 -

que recuerdo con más gusto es el que hicimos por el Maestrazgo en 1930. El día que llegamos a Madrid de regreso, se celebraba el entierro del general Primo de Rivera.

Volvemos a la biblioteca, al salón donde trabajaba habitualmente Baroja.

—¿De qué te hablaba cuando eras niño?

—Tenía capacidad extraordinaria para hablar con las personas, identificándose con su edad y condición. Con los niños podía mantener conversaciones largas, tomándoles en serio incluso cuando decían fantasías y mentiras. Después... Después hemos hablado de todo lo imaginable, y con bastante acuerdo casi siempre.

Recordamos el último verano que don Pío pasó en Vera cuando le ayudamos a anudarse la corbata y le acompañamos a la estación del Norte.

—¿Cómo era don Pío en Vera?

—La casa de Vera le produjo mucha ilusión mientras mi abuela, que vivió hasta los ochenta y seis años, conservó cierta agilidad. Pero al hacerse achacosa comenzó a pasar más tiempo en Madrid. Los años buenos de Vera fueron para él los comprendidos entre 1913 y 1925, cuando salía de allí camino de París o de otra parte y volvía cargado de impresiones, de libros, de grabados. Para mí también fue la época dorada en el pueblo la de 1920 a 1925. Después de la guerra, Vera le producía a mi tío cierta tristeza. El verano de 1955 estuvimos la última vez. Pero ya mediamente; por septiembre, el doctor Marañón me dijo que lo trajera aquí, por lo que pudiera suceder.

Suenan las ocho de la noche en el reloj de péndulo de la biblioteca. Los relojes de péndulo tienen un gran poder evocador. Ahora nos acordamos que al sonar las seis, don Pío suspendía su trabajo para dirigirse al comedor a tomar una taza de té, y que al sonar la una empezaba a pensar que su sobrino Julio se retrasaba ya algo y que no iba a ser posible almorzar a la una y unedia.



Un rincón del comedor.



El comedor. (Fotos T. Naranjo.)

—¿Cómo era su carácter en familia? ¿Qué le divertía y qué le enojaba?

—Le distinguí la idolatría, el cariño ciego por su madre. Fui, creo, que el segundo en el orden de sus afectos. Por lo demás, era fácil de llevar y tenía la risa mucho más fácil que el resto de la familia. Le espantaban las visitas protocolares, y en cambio le divertían las conversaciones con la gente de la imprenta y las muchachas. Para eludir el encuentro con ciertas personas que le molestaban era capaz de realizar verdaderas maniobras estratégicas. En algún caso le ayudé o acompañé en la desaparición, metódicamente organizada.

—¿Cuál fue a lo largo de su vida su más permanente ocupación?

—Decir lo que a él le parecía que era verdad.

—Está don Luis Fernández Casas, uno de los más antiguos contertullos de Baroja, que nos dice que no tardará ya en llegar el doctor Val y Vera. Julio Caro entorna las maderas de los balcones. Estamos ya en pleno ambiente barojiano, en penumbra, con escasa luz eléctrica.

—¿Le conociste alguno de sus amores románticos? ¿No se casó por amor a su madre, que vivió hasta muy avanzada edad.

o por cariño a los sobrinos, o por no tener vocación para el matrimonio?

—Yo conocí un amor muy tardío, de los años que estuvo en Suiza, allá por 1938, pero se sentía viejo para empezar una vida nueva. De haberse casado creo que lo habría hecho antes, en 1914, es decir, antes de nacer yo y mucho antes, claro es, de que viniera al mundo mi hermano, que es mucho más joven. La mujer a la que entonces quiso tenía dificultades casi insuperables para casarse: es la rusa que aparece en "La sensualidad perversa". Por otra parte, mi abuela profesaba una moral rígida, rayana en el jansenismo. A todos nos queda alguna huella de su influencia, aunque de una manera u otra hayamos pretendido hacernos más laxos. No es cosa fácil.

Cuando salíamos de esta casa de la calle de Alarcón, nos parecía que don Pío, en el día de Inocentes, había cumplido ochenta y siete años. Y que en la escalera nos encontraríamos con su editor, Miguel Ruiz-Castillo, que iba a felicitarle con una de aquellas tartas de Lhardy que a don Pío le entusiasmaban, y que luego comentaría con las visitas durante varios días.

M. G.-S.